

Julio Mauriz

Tras los VISILLOS



SIL
colección narrativa



© Julio Mauriz, 2013.

© De esta edición en epub, eBooksBierzo, 2013.

Esta novela fue galardonada con el Premio Hontanar de Narrativa Breve en su primera convocatoria, 2002.

1ª edición en ebook.

Diseño portada y colección: Miryam Anllo. DiLab. Uruña

<http://www.di-lab.org/>

ISBN 978-84-940458-9-9

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

<http://www.ebooksbierzo.com/>

Julio Mauriz

Tras los VISILLOS



SIL
colección narrativa

eBB
eBooksBierzo

Cuando Mencía Adiosgracia oyó el tañido fúnebre planeando desde las campanas de San Miguel, le faltó tiempo para telefonar a la funeraria reclamando un féretro. En ese instante tanto tiempo anhelado, tuvo la certeza de que Guillermo Oliverio Ayala había pasado a mejor vida. Su amor platónico, aquel mal nacido sin entrañas, tan aficionado a engañar doncellas como a retozar con mujeres de todo uso; el joven que la iba a hacer tan feliz por el resto de sus días y sin embargo la había convertido en una anciana insociable, desmemoriada y solterona, Dios, para su satisfacción, acababa de llevárselo de este mundo antes que a ella.

Con rictus de alegría incontenible y con la parsimonia que da el poso de los años, al entrar en la alcoba de la recreación y deleite amorosos en la soledad de infinidad de días y noches, la anciana volvió a rociar todo su cuerpo con perfume de jazmín, a pesar de haberlo hecho sólo dos horas antes, enlutándose de arriba abajo, como había prometido al Santo Cristo, recién acabada la Guerra, si le hacía la gracia de poder asistir al velorio y entierro de aquel sinvergüenza.

Casi todo lo enjundioso comenzó un domingo de primavera, cuando saliendo de misa de doce, Pacita, su comadre, la desengañó en cuanto a la verdadera traza de su prometido, aludiendo a la fama de putero del apuesto indiano y a los crecientes rumores entre el vecindario sobre la secreta paternidad del crío de Pura la costurera. Luego, por la tarde, en un rincón del jardín, junto a un sauce llorón y los rosales en flor, el veinteañero Guillermo Oliverio Ayala le confirmaría punto por punto la veracidad de los rumores, admitiendo además lo que su parienta no se había atrevido a decirle: que ella, a su vera, de forma esporádica, también había calentado sus huesos y soledad. Y es que el argentino sería un mozo con incontinencia y premura, pero era incapaz de mentir.

Doña Mencía requirió con campanilla imperante la presencia de Roque, su hombre de confianza para los asuntos trascendentes y hasta los mundanos. Roque Precioso Chiquillo acarició leve, con sus nudillos blancuzcos y helados, la puerta entornada de la alcoba. A pesar de los muchos años, la lealtad y respeto por la señora le hacían dudar, así que, como otras veces, al escuchar el indefectible adelante, abrió la puerta y se quedó bajo el dintel, con las manos hacia atrás, aguardando a la invitación formal de franquear la entrada. El hierático ex salesiano, célibe (aunque a veces, cuando con el vino desusado se le desgovernaba la cabeza, lo desmintiera su inusual fanfarronería), cachazudo e intendente de la casa, oyó con desconfianza lo del féretro, creyendo que a la señora se le

había ido el santo al cielo, como venía ocurriendo en los últimos tiempos. Y pese a todo, por no desairarla, guardando el silencio y reserva reclamados por el ama, se fue de inmediato al Salón Azul y hurgó entre los inmensos muebles empotrados, dando con un par de pequeños caballetes metálicos y una presumible tabla tapizada en terciopelo negro, de la cual, por sus cuatro lados, descolgaba una especie de cortinaje con aliños y detalles fúnebres. En el centro de la espaciosa estancia y con esmero y la obediencia propias de un religioso, convirtió aquellos artilugios en una suerte de catafalco sobrio, sin ninguna gratuidad.

En tanto aquel hombrecillo enjuto, de faz severa y apreciable joroba, aderezaba la gran estancia con cirios, crespones, escapularios, detentes y demás objetos alusivos a la muerte, la viuda Engracia, cuñada de Mencía y que en años pretéritos (ni siquiera había fallecido el general Franco cuando ésta le armó el cisco) convivió con ella, hasta ser expulsada de malos modos de la casa de los Adiosgracia por entrometerse en su depravación de solitaria viciosa, se apresuraba en mal acicalar su rostro aún saludable y bien torneado a pesar de sus sesenta años, para ir a la vieja casa solariega donde había pasado los mejores días de su vida huera.

Así que Engracia Blanco, viuda desde hacía casi treinta y cinco años (cuando su esposo, Fidentino Adiosgracia Santacruz, el hermano menor de Mencía, se ahorcó por estar asqueado de la vida que le habían regalado sus opulentos padres, y puso al

descubierto la chifladura de toda la familia, heredada de la madre, lo cual ya sospechaba la mayoría de la población), quería a toda costa que su cuñada no cargara con el papelón que amenazaba interpretar desde hacía años. Si llegaba a tiempo, le impediría salir a la calle y mucho menos visitar la casa mortuoria, en donde, cuando le echara la vista encima, doña Purificación, otrora la antigua costurera Purita, acaso se mofase de su aspecto de soltera agraviada y de su monomanía; y eso si no se enganchaban en una riña por tantos años aplazada.

Al propietario de la funeraria del pueblo, Taurino por tal nombre, como a Roque, le parecía que la señora desvariaba una vez más, no en vano, el rechoncho señor, ya frizando la cincuentena, era de la opinión de que a la señora la habían parido a falta de un hervor. Mas, por no desairar a clienta tan espléndida y evitar una discusión absurda, se puso a buscar entre la amplia variedad de ataúdes, y, de entre los más lujosos y caros dio con uno de caoba, cuyo interior estaba recubierto de una fina capa de cinc muy bien oculta tras el forrado terciopelo verde botella. Después de la elección y no tranquilo del todo, telefoneó al párroco don Arturo para ponerle al corriente de lo acontecido y aguardar a su recto parecer en asunto tan escabroso. Pero el clérigo bonachón y apacible rió estruendoso, limitándose a decirle que le siguiera la corriente con el disparate, pues a él jamás le había confesado su intención de pasar a mejor vida, aunque ya había escuchado del vulgo esa afirmación en algunas ocasiones.

De esta manera, Taurino quedó persuadido de que el cura tenía razón, y más teniendo en cuenta la beatería de la anciana y su temor de Dios. <<Este desvarío lo debe de provocar para llamar mi atención>>, pensaba. Así que se dispuso a adornar y poner a punto el coche fúnebre que al atardecer habría de trasladar el despojo de Guillermo Oliverio Ayala: primero a San Miguel, donde se iba a oficiar la misa funeraria y luego al cementerio. Más tarde, a la tapa con incrustaciones marfileñas, ajustaría el crucifijo bañado en plata; a continuación, limpiaría el féretro reclamado por la última Adiosgracia viva y finalmente, lo colocaría sobre la mesa oval que tenía en la trastienda como expositor. Aunque todo el trabajo fuera en balde, ahora de lo que se trataba era de seguirle la corriente y de tenerlo todo a punto por si a la vieja le daba por zascandilear en la tienda. Y es que a su innata cualidad para olfatear el más exiguo olor en veinte metros a la redonda, adquirida al comienzo de su manía de husmear a los difuntos y diagnosticar el mal que les había provocado la muerte, añadía su olfateo metafórico para olerse el futuro.